

SALUD SOSTENIBLE

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

La pandemia de Covid-19 ha llamado la atención sobre los efectos imprevistos e indeseados de nuestro actual modelo de desarrollo y acelerado la búsqueda de soluciones. Así parecen confirmarlo los varios acontecimientos de estos últimos meses. El 30 y 31 de octubre tuvo lugar en Roma la cumbre del G20, con el objetivo primordial de reducir a cero las emisiones de dióxido de carbono para el año 2050. Se convocó como preludio de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (COP 26) que tuvo lugar poco después, del 1 al 12 de noviembre, en Glasgow. Haciéndose eco de estos eventos, el Papa Francisco habló de la necesidad de adoptar “un estilo de vida ecosostenible”. Y con él coincidieron otros varios líderes religiosos, culturales y políticos. Todos ellos parecen haber visto claro que la salida de esta pandemia no puede consistir en la vuelta a la situación anterior. No vale olvidarla como si de un mal sueño se tratara. De ella hemos de aprender que es necesario un cambio importante en los estilos de vida. Esta crisis no es un simple problema sanitario, ni puede consistir su terapéutica exclusivamente en un masivo plan de vacunación. Es una crisis moral, de costumbres, de estilo de vida.

El horizonte al que hemos de dirigirnos lo estableció por vez primera el informe que ya en 1987 publicó la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo de las Naciones Unidas con el título de *Nuestro futuro común*. En él apareció por vez primera la expresión “desarrollo sostenible”. El actual modelo de desarrollo es claramente insostenible, como lo demuestran el cambio climático, la contaminación de la atmósfera, la deforestación de los bosques, la contaminación de los mares, el efecto invernadero, y un largo etcétera. Pero si el desarrollo del llamado Primer Mundo es insostenible, también lo es el subdesarrollo del Tercer Mundo. El objetivo no puede ser otro que el de la convergencia en un punto nuevo y distinto de ambos que se ha dado en denominar desarrollo sostenible. La actual pandemia parece haber abierto los ojos a los recalcitrantes, convenciéndonos a todos de que el tiempo apremia y que los retrasos en las decisiones pueden saldarse, o quizá se están saldando ya, con millones de víctimas.

El objetivo del desarrollo sostenible tiene una directa y evidente repercusión en el ámbito de la salud. No se trata solo de que con él se busca salvar muchas vidas humanas. El Objetivo 3 de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas lleva por título “garantizar una vida sana y promover el bienestar para todos en todas las edades”. Esta formulación recordará a algunos la que la Organización Mundial de la Salud se propuso en las últimas décadas del pasado siglo, “Salud para todos en el año 2000”. ¿Tendrá la de ahora parejo final?

Hace algunas décadas, el bioeticista Daniel Callahan, recientemente fallecido, introdujo la expresión *sustainable medicine* en su libro *False Hopes: Overcoming the Obstacles to a Sustainable, Affordable Medicine* (1999). Los grandes avances de la medicina han introducido en el imaginario colectivo de nuestra sociedad la idea de que se puede prolongar la vida y la salud de las personas por un tiempo cada vez más amplio, que no tardando será casi indefinido. La enfermedad, la vejez y la muerte se alejarán en el tiempo hasta quizá desaparecer del horizonte. Esto es lo que Callahan llamaba *false hopes*. La esperanza, tan indispensable en la vida humana, puede convertirse también en una trampa.

Para que resulte posible alcanzar los objetivos del desarrollo sostenible y de la medicina sostenible, es necesario reformar muy drásticamente nuestra idea de salud. La OMS la definió en su carta fundacional del año 1947 como “un estado de perfecto bienestar físico, mental y social, y no solo la ausencia de enfermedad”. Ya resulta extraño eso de que la salud no consista solo en la ausencia de enfermedad. Pero es que además se la define como *perfect wellbeing*, perfecto bienestar. “Bienestar” es el adjetivo que mejor define nuestra situación actual: hablamos de Estado de bienestar, sociedad del bienestar, cultura del bienestar, etc. En tal contexto no quedaba otra que definir la salud también como bienestar. El bienestar se ha convertido en el gran objetivo de la vida.

El problema es que el bienestar no existe; es, como tantas veces se ha dicho, un *wishful thinking* o, como decían los clásicos, un pío deseo. La vida humana es perpetua inquisición, y por tanto búsqueda de un equilibrio móvil y huidizo, siempre inestable. El bienestar pleno es incompatible con el carácter activo e inquisidor de la vida humana. Más que vivir en el bienestar, la vida humana consiste en ir tras él incesantemente, sin nunca lograrlo del todo. De ahí el peligro de definir la salud como bienestar, y sobre todo como “perfecto bienestar”, al modo de la OMS. ¿Quién se halla en perfecto bienestar? ¿Quién no anhela algo o deja de proponerse metas que aún no ha logrado? Si la salud consiste en perfecto bienestar, es preciso concluir que en la especie humana nunca se ha dado una persona completamente sana. Lo cual recuerda la sentencia de Unamuno, tan del gusto de su época: “perfecto hombre=perfecto enfermo”.

La utopía del perfecto bienestar conduce necesariamente al fracaso, a la decepción, y por tanto a su antítesis, el malestar. No es quizá azaroso que la sociedad del bienestar sea la que más ha abusado de las drogas. El perfecto bienestar como meta es caldo de cultivo para el malestar. De hecho, puede fomentar todo tipo de ilusiones irreales en los seres humanos, intentando realizar las cuales acabarán siendo profundamente infelices. La obsesión por el bienestar es ya una patología. De ahí la necesidad de establecer en la vida humana objetivos razonables y prudentes que tengan en cuenta y asuman las ineludibles limitaciones. La salud sostenible ha de contar con los acontecimientos adversos de la vida, con el fracaso, la debilidad, la vejez y la propia muerte, sin buscar metas utópicas e irreales. Sin salud sostenible no habrá medicina sostenible, como ya denunció Callahan. Él nos enseñó también que educar en este objetivo es una de las principales tareas de la bioética.